

## SAN AGUSTIN: LA VIDA, LA OBRA Y SU INFLUENCIA

---

Otro de los libros más importantes de este grande escritor cristiano es "Las Confesiones". La Ciudad de Dios es la acción de Dios sobre la historia, las confesiones son la acción de Dios en el alma. La primera de estas obras es de orden universal, la segunda es de orden individual. La primera obra nos hace apreciar la variedad creadora de este genio constructivo que llenará de eterna admiración y de una especie de asombro a todos aquellos que tienen el honor de ser escritores, la otra nos revela el alma del hijo de Santa Mónica, la manifestación de un sentimiento ardiente que quiebra todo freno de la razón, la pasión que no encuentra desahogo suficiente en la palabra, el grito de admiración y de devoción. Este ingenio versátil, esta alma ardiente después de haber atravesado por angustiosas crisis, sintió surgir delante de sí los oscuros problemas de la vida y del mundo, los escudriñó y les dió una solución. Su espíritu se encuentra como en una especie de torbellino místico, en medio del cual se levanta a la alegría suprema de la unión con Dios.

No hay que equivocarse con el título de Las Confesiones; es un libro personal, pero no egoísta; nada hay en él que se parezca a las Confesiones de Montagne o al orgullo exuberante de Rousseau y a aquel culto enfermizo y refinado del yo, del cual se complacen nuestros sicólogos contemporáneos. San Agustín habla de sí mismo, pero contra sí mismo y para todos. Moralista cristiano no pierde de vista la utilidad de los otros. "Escribo generi humano ut cogitemus quan de produndum clamandum sit ad te". Escribo para el género humano a fin de que sepamos desde cuales abismos hay que elevar el grito de angustia hacia tí, oh Señor.

Al principio, este grito es de adoración, el más ferviente,

el más humilde. Más adelante, cuando San Agustín habla de su juventud disipada añade: yo vivo y mi infancia ha muerto, pero tú, oh Señor, vives y nunca morirás, "Infantia mea mortua est et ego vivo, tu autem, domine, vivis." Cuando recuerda sus faltas se asombra y se queja, oponiendo a la perfección divina las debilidades humanas. Añade y cuando he sido yo sin pecados? "Ubi y quando innocens fui?"

Dios es el fin del libro, el hombre es la materia, no sólo el hombre particular, no sólo San Agustín con sus sentimientos personales y las peripecias de su vida intelectual sino el hombre en general, el alma humana en sus más lejanas profundidades; cada capítulo es un análisis psicológico que llega hasta lo más profundo del alma y con palabras de una nitidez y de una fuerza asombrosas.

Aquí el niño, iniciado poco a poco a la existencia, aprendiendo a hablar, a sentir, a pensar y en todo ésto triunfando de las dificultades que no se comprenden sin la intervención de Dios. Después el joven con su orgullo su tumulto de sentimientos, su deseo de emancipación. Las pasiones de sus 16 años son descritas con una precisión infalible. Es aquí que se encuentran las frases célebres "Amare amabam" yo amaba por amar. Es aquí donde San Agustín hace ese análisis tan penetrante del placer que tiene un gusto de tragedia "yo amaba con dolor" "dolore amabam". Es aquí que describe la resistencia del orgullo a la fé: yo tenía desdén de volverme niño, "dedignaban esse parvulum". Pero este orgullo se quebranta, viene la decepción, la pérdida de sus queridos, la duda y entonces nace esa melancolía que él resume en dos palabras célebres: *staedium vivendi, metus moriendi*, "el tedio de la vida y el miedo de la muerte; todas las incertidumbres del joven hombre son analizadas en los más mínimos detalles. Es lo que Agustín llama la gestación dolorosa de la formación de su corazón, "Tormenta parturientis cordis meis". Llega por último a la posesión de la verdad. Pero San Agustín no había llegado a la perfecta doctrina, aún no conocía como la fé podía conducirlo al conocimiento de la verdad, la fé que vive en el alma de los humildes y abandona a los orgullosos. En esta dispo-

sición de espíritu y de fé se puso a leer las obras del apóstol Pablo de Tarso. Fué entonces una verdadera revolución. Finalmente en este apóstol encontró la fé. En él descubrió que el pecado es la consecuencia de la perversión de la voluntad humana; en él encontró proclamado y explicado el principio de la salvación que Cristo predicó. La impresión que los escritos de Pablo produjeron sobre él, la encontramos reproducida en las siguientes palabras: "las páginas de los platónicos no tienen la expresión de la piedad, les falta las lágrimas de la confesión; no hablan, ¡oh Señor, de tu sacrificio, de tu espíritu, de tu corazón, de la salud del pueblo, de tu esposa, la Ciudad de Dios, del altar del Espíritu Santo, y del Cáliz de nuestro rescate. Estas cosas las has escondido a los sapientes y revelado a los humildes. Es cosa muy distinta ver desde una altura entre marañas la Ciudad de la Paz y no poder encontrar el camino que lleva a ella, caminar por laderas escarpadas entre vientos que cortan y espinas que sangran. Bien diferente es seguir el camino del maestro defendido por el soberano celeste. Todas estas consideraciones penetraban en mi espíritu en los modos más maravillosos mientras leía al último de tus apóstoles, San Pablo".

Las últimas luchas de Agustín están narradas en el libro octavo de las Confesiones que es una de las cosas más interesantes y más conmovedoras en la literatura antigua y moderna.

Nunca el análisis de los movimientos del alma, bajo la presión de fuerzas chocantes entre sí, ha sido conducida con más exquisito sentimiento. El escritor con una abundancia de palabras que le brotan del corazón nos dá una impresión profunda y nos hace asistir a uno de los dramas más grandes que se desarrollan en lo íntimo del alma humana. Es el trabajo titánico de su pensamiento, la lucha de su corazón. Su libro revela inquietud, potencia de emoción y de angustia que antes de él no se encuentran. El se ha apasionado por todo: por la muerte de su amigo, por su querida, por su madre, por el amor de la verdad y especialmente por Dios.

Yo no conozco páginas más emocionantes y más sublimes

que aquéllas que San Agustín consagra a la memoria de su madre. Es un poema que no se puede describir, habría que contarle. Narra una conversación:

En Ostia, en una casita cercana a las márgenes del Tíber, que es allí más amplio y amarillo que en todo su curso, se desliza ancho y tranquilo. La casa tenía ventanas que daban a un jardín y a una de ellas un atardecer de Junio, estaban apoyados Mónica y Agustín, mirando las plantas cargadas de frutos, y el bello cielo mediterráneo, despejado por el viento marino. El inmenso silencio tibio y rosado, interrumpido apenas por el golpe de un remo en el agua y aquella vegetación exuberante donde flameaba el rojo rústico de las amapolas y de los geranios recordaban los campos y el aire cálido y rico de la patria. Pero aquella fragante placidez primaveral, más que todo, recordaba a los dos cristianos el deseado paraíso.

En aquella paz, madre e hijo hablaban. ¿Y de qué podían hablar sino de la eternidad? Ya no eran solamente de una misma sangre; sino también de un mismo espíritu. San Agustín se sentía unido a la madre y nunca estuvo tan junto a ella como en aquel momento.

El mundo, decía Agustín, es maravilloso, y su belleza es grande en todas sus manifestaciones, porque ofrece a los hombres las alegrías más puras de la luz, de la armonía, de la salud y hasta las menos puras de los sentidos. Pero, ¿qué son estos placeres comparados con la contemplación del Ser que creó todo, de aquel concentrado fulgor del cual ahora no conocemos más que algunos reflejos que casi nos ciegan— Allí nos saciaremos de aquella sabiduría idéntica a Dios que buscamos fatigosamente en la tierra y de la que un débil rayo nos satisface. Y allá participamos eternamente de toda ella, pues carece de pasado o futuro, ya que es un feliz presente sin fin.

Y mientras hablabamos y sentíamos ansiedad por aquella sabiduría, continúa Agustín, la tocamos un momento con lo más sensible de nuestros corazones, luego suspiramos y dejando alla arriba aquellas primicias del espíritu, descendimos otra vez hasta el rumor de nuestra boca donde la palabra comienza y termina. Los dos Santos ascendieron a la inefable

posesión de Dios, que los neoplatónicos llaman éxtasis y los místicos cristianos, unión perfecta, desposorio de lo efímero con lo eterno.

A los cinco días Mónica murió pronunciando estas últimas palabras. Sepultad mi cuerpo donde querais y no os preocupéis de ello. Yo solo quiero una cosa que me recordéis en el altar del Señor.

Agustín le cerró los ojos y ordenó a los suyos que no llorasen, refrenando la inmensa tristeza que le subía de sus entrañas. Adeodado su hijo, prorrumpió en sollozos, pero se le hizo callar. A los cristianos no les es lícito llorar a sus muertos; no están muertos sino que nacen a la verdadera vida, duermen en espera de la resurrección.

No obstante este sufrimiento ;se preguntaba Agustín, por qué debía violentarse a sí mismo para no prorrumpir en llanto? Y recordaba todo el amor, toda la ternura, toda la bondad, todas las lágrimas de la madre, recordaba toda su vida, se acordaba de todo lo que había sufrido por su culpa años atrás, pero se consolaba con el pensamiento de que los últimos tiempos ella le sonreía siempre llamándolo su hijo bueno.

Pero la amargura de Agustín no disminuía y mientras hablaba para consolar a los otros, debía a cada instante reprimir los gritos y las lágrimas que le subían del corazón.

Celebraron los funerales y Agustín, aún en la iglesia consiguió no llorar. Y mientras rogaba a Dios por la muerte, oraba también por sí mismo, suplicándole le disminuyera aquella insoportable pena.

El hijo de la carne había querido desahogar con el llanto su dolor; el cristiano seguro de la nueva felicidad materna lo prohibía. Con la esperanza de aliviar aquella tortura fué a las termas y se bañó; luego logró adormecerse. Al despertarse le pareció que la angustia del día anterior se había aplacado. Poco a poco volvió a pasar en Mónica, en sus virtudes, en lo mucho que lo había querido y se vió de improviso ante el horror de la pérdida. No la oiré más, no la veré más, no

podré hablar con ella, nunca más podré besarla. Entonces el hijo venció al cristiano y un torrente de lágrimas impetuosas le cubrió el rostro.

Se siente delante de esta escena, la tristeza de la separación, la pasión por el infinito, la red ardiente de la verdad y de Dios. Es aquí que Agustín exclamó: Sero te amavi, Sero te amavi. Tarde te he amado, Señor. Todos estos sentimientos delante del misterio de los destinos humanos.

Con esta purísima imagen termina la parte narrativa de las Confesiones, tal vez el libro más bello de toda la literatura cristiana exceptuados los evangelios, ciertamente uno de los documentos más interesantes en la historia del espíritu humano.

Todas las veces que un espíritu sincero se despoja de sus creencias de la juventud para formar nuevas, esta evolución, o mejor dicho esta conversión nos debe interesar porque se siente en ella el hecho tal vez el más misterioso de la historia de una alma.

Aquellos a quienes no les fué concedido ni siquiera el más rudimentario órgano místico, juzgan que las conversiones religiosas, especialmente la de los grande intelectuales son debido a cansancio. Es falso. La historia de S. Agustín, las de muchos convertidos, demuestran lo contrario.

Es que no saben que para el cristiano la vida es una lucha continua y el reino de Dios se adquiere con la violencia, "et violenti rapiunt illud". No piensan que el cristiano debe estar preparado a sobre llevar las penas, las fatigas y los afares y luchas hasta el último día de su vida.

La verdadera historia de San Agustín empieza desde su conversión. En los 34 años que le queda por vivir se nos revelará un pensador, un escritor, un místico, un luchador y un apóstol incansable. Ora es el martillo de los herejes, ora es el filósofo que mandéa y renueva la especulación antigua, es el águila que nos enseña como se puede mirar el fulgor de Dios y como se puede elevar al cielo sobre las alas de la contemplación.

Más de 100 obras ha dejado San Agustín y casi todas escritas después de su conversión.

Con estas obras ha creado un inmenso edificio católico que saciará a las generaciones venideras; como un legislador supremo ha escrito el codex de la dogmática cristiana; sus obras serán leídas mientras haya un cristiano sobre la tierra. Agustín fué un verdadero héroe en el sentido que Carlyle toma esta palabra; fué uno de los hombres de genio que encauzan en una dirección dada el curso de los acontecimientos humanos.

Cuando el ilustre escritor francés Montégut fué a visitar a Heine enfermo y casi al fin de vida le pidió disculpas por no haber hablado de su gran obra. El poeta de los Nocturnos, del Intermezzo, del Libro de Lázaro dirigió a Montégut estas palabras: "el olvido y la destrucción no atacan a los poetas que han pronunciado palabras de vida; siempre es tiempo hablar de ellos.

Señores, San Agustín ha pronunciado palabras de vida; hablar de él es dignificar el pensamiento humano, seguirlo es buscar la verdad, el reino de Dios: "querite primun Dei". "Ego sum veritas".

Estas son las palabras del Divino Maestro que alumbran y alumbrarán, mientras existan estrellas, infinitamente más allá los destinos de los hombres, de las naciones y de los mundos.

**Juan A. Cavazzana.**

---